

EL CUBISMO RELIGIOSO

LA RAZÓN. LUNES 21 DE OCTUBRE DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Los grandes nombres unidos al cubismo, salvo Don Juan Gris (así era llamado por sus colegas a causa de su atractivo para las mujeres), quisieron ser científicos o filósofos más que artistas. Las primeras manifestaciones del cubismo, antes de que se hiciera dogma ideológico propicio a la abstracción totalitaria de objetos mentales, tuvieron fundamento en la propia naturaleza. Los paisajes de L Estaque (Braque) y de Horta (Picasso) pertenecen aún a la fecunda escuela compositiva de Cézanne.

La «gran abstracción» de Kandinsky también estuvo precedida de un cubismo natural que se insinuaba, sin determinar la composición, en los paisajes del castillo y ferrocarril de Murnau en 1909. Y Klee recurre a la geometría del cubismo sintético, en los años 1914-1919, para retratar las austeras y soleadas edificaciones árabes y las recoletas villas de Túnez.

Aparte de los grandes pintores italianos de la primera manifestación futurista (Boccioni, Balla, Carrà, Severini), la anterior a la fascista, el cubismo no encuentra su propia estética pictórica hasta que los cubos se llenan de sentimiento espiritual en las catedrales cristalinas del checo Frantisek Kupka, casi abstracciones geométricas puras, inspiradas en las vidrieras medievales que había actualizado la pintura religiosa de Rouault (para algunos historiadores de arte Kupka, integrado en la Section d'Or de Villon, es el creador de la pintura abstracta junto a Delaunay), o en la mística natural del alemán estadounidense Feininger, el extraordinario pintor que, en mi opinión, logró realizar las únicas obras maestras dentro del reduccionismo cubista. El buen arte de la geometría cúbica se vengó con él de la mala filosofía cubista.

Feininger tiene hoy más fama en EE UU que en Europa. En España sólo es conocido por los eruditos y los amantes del gran arte. Y, sin embargo, sus paisajes urbanos de Gelmeroda («Estanque de pueblo» de 1922, la serie de fachadas de la iglesia gótica con diminutas siluetas humanas con hábitos negros entrando en ella, de 1926, y sus «vedutas» del mar Báltico, especialmente la confusión de mar y playa en los balandros de «Antes de la lluvia», de 1927), por la lucidez de la composición, la inusual armonía de muy pocos colores fríos-cálidos, el esquematismo de las formas y la expresión de paz infinita, constituyen unas de las creaciones más emocionantes, elegantes y espirituales de la pintura figurativa en toda la historia del arte. Cuando regresó a EE UU hizo tan borrosos los contornos del dibujo que se aproximó a veces a la belleza sublime de Turner.

La inteligencia y espiritualidad de su pintura me despertaron la curiosidad por el artista. No podía creer que el cubismo permitiera una expresión casi panteísta de la naturaleza y de la obra humana sobre ella. Comenzó como caricaturista de prensa. Invitado por Kandinsky, expuso en el primer Salón de Otoño alemán. Lamentablemente se unió al grupo de profesores de la Bauhaus de Weimar de Gropius, del que se separó en 1924 para fundar el maravilloso grupo de los «cuatro azules», con Jawlensky, Kandinsky y Klee. En 1936 emigró a Estados Unidos, donde pintó en configuraciones góticas los rascacielos de Manhattan. Murió en Nueva York (1956), después de haber sido profesor en colegios de California y Carolina del Norte.

Sus padres eran músicos. Niño prodigio al violín. Notable compositor de fugas a la manera de Bach. En 1907, a los 36 años, abandonó su trabajo periodístico para dedicarse exclusivamente a la pintura, después de ver las telas de Seurat y Matisse. Asistió a reuniones de la Section d'Or y se impresionó con la teoría de los contrastes simultáneos de Delaunay. Además de los trece cuadros de Gelmeroda, su obra cumbre, realizó delicadas acuarelas y exquisitos grabados en madera con el mismo estilo y la misma perfección que sus refinados y misteriosos óleos cubistas.